

14 | LE MONDE diplomatique | marzo 2026

La nueva doctrina Trump hacia América Latina

El regreso del hemisferio como problema

por Federico Merke*

La captura de Nicolás Maduro es solo una muestra del nuevo enfoque de Estados Unidos hacia América Latina, percibida no como un socio sino como un perímetro a disciplinar. En este nuevo marco, la región no puede seguir hablando como si estuviera en un tribunal con un hegemon que se comporta como si estuviera negociando en un bazar.

Durante años se repitió que América Latina se había vuelto irrelevante para Estados Unidos. Era una frase cómoda, casi tranquilizadora: si no importamos, al menos no estorbamos. La nueva Estrategia de Seguridad Nacional (NSS) del gobierno de Donald Trump sugiere lo contrario: la región vuelve al centro, pero no como socia ni como promesa, sino como perímetro a ser disciplinado. Y el cambio no es solo de intensidad. Es de tono. El documento no se limita a decir que el hemisferio importa: anuncia que Washington "reafirmará y hará cumplir" la Doctrina Monroe y bautiza esa reactivación como el "Corolario Trump".

Para entender qué significa esto, y qué margen real tiene la región, conviene empezar por lo obvio: la relación entre Estados Unidos y América Latina nunca fue una historia de dominación lineal ni de abandono absoluto. Fue, más bien, una combinación persistente de asimetría, geografía y ansiedad estratégica, modulada por ciclos de atención selectiva. Por debajo del ruido ideológico, unas pocas constantes explican bastante de la relación.

Demasiado cerca

La primera constante es la proximidad. América Latina jamás fue decisiva para el ascenso global de Estados Unidos, pero tampoco pudo ser ignorada. Está demasiado cerca para ser tratada como un mundo aparte. La lógica se repite desde la Doctrina Monroe, a través de la Guerra Fría y reaparece hoy con China: Washington tolera diversidad política en la región hasta que percibe que esa diversidad se traduce en vulnerabilidad estratégica. La cercanía rara vez garantiza prioridad positiva; en todo caso, garantiza sensibilidad al desorden.

La segunda constante es la intermitencia del interés. Estados Unidos alternó largos períodos de desatención con irrupciones abruptas, como sucedió a fines del siglo XIX, entre los 30 y los 50, o en los años 90. América Latina desaparece cuando no genera problemas visibles y reaparece de golpe cuando algo "se desborda": revolución, misiles, migración, drogas, petróleo, influencia de potencias extra hemisféricas. El interés sigue al riesgo, no al afecto. Lo que cambia entre épocas no es la lógica, sino el umbral que dispara la alarma.

La tercera constante es el instrumentalismo moral. Washington habló muchas veces el lenguaje de la democracia, los derechos humanos y la libertad, pero selectivamente. No porque no crea en estas ideas, sino porque las subordinó a consideraciones estratégicas: gobiernos autoritarios fueron tolerados cuando garantizaban orden; gobiernos democráticos fueron presionados cuando generaban incertidumbre. El problema no es la hipocresía, un rasgo común a toda potencia, sino la ilusión latinoamericana de que la retórica equivale a compromiso.

La cuarta constante es la preferencia por la estabilidad antes que la transformación. Incluso cuando Estados Unidos promovió reformas, como la Alianza para el Progreso o el Consenso de Washington, lo hizo más por temor al colapso que por vocación de desarrollo compartido. El ideal fue un vecindario previsible, ordenado, pero no nece-

sariamente próspero ni equitativo. Cuando la estabilidad parece asegurada, el interés se diluye.

La quinta constante es el bilateralismo asimétrico. Washington prefiere tratar con los países individualmente antes que con la región como un bloque. Eso maximiza su margen de maniobra y minimiza la capacidad latinoamericana de convertir número en poder. Los foros regionales fueron tolerados, y hasta impulsados, mientras no limitaran la libertad de acción estadounidense; cuando lo hicieron, fueron ignorados o simplemente vaciados.

Y hay una constante final, más incómoda, que suele contarse mal: la dependencia latinoamericana de una gramática normativa para compensar debilidad material. Derecho internacional, multilateralismo y diplomacia profesional fueron herramientas racionales utilizadas por los países de la región frente al poder superior de Estados Unidos. Funcionaron mientras Washington necesitaba legitimidad. Funcionan menos ahora, cuando el hegemon se vuelve más transaccional y menos paciente. El error no fue usarlas en otro momento; fue confundirlas con poder.

Esta última constante involucra además una ironía histórica que la región tiende a olvidar. Una parte del repertorio multilateral que América Latina invoca hoy como refugio fue, en buena medida, ensayado por Estados Unidos en el hemisferio antes de exportarlo al mundo. Las Conferencias Panamericanas y la institucionalidad que culmina en la Unión Panamericana operaron como un laboratorio temprano de reglas, procedimientos y secretarías permanentes. No sustituyeron la coerción, pero la administraron. El multilateralismo hemisférico no fue un antídoto contra el poder; fue una forma de canalizarlo. Cuando Washington decidió que ya no hay nada que canalizar, el refugio se volvió frágil.

La novedad Trump

La nueva Estrategia de Seguridad Nacional elaborada por el gobierno de Trump no inventa de cero una política hemisférica, pero acelera tendencias latentes y vuelve más explícitas jerarquías que antes se disimulaban. La frase clave del documento es difícil de suavizar: "Después de años de negligencia, Estados Unidos reafirmará y hará cumplir la Doctrina Monroe. Negaremos a competidores no hemisféricos la capacidad de posicionar fuerzas o capacidades amenazantes, o de poseer o controlar activos estratégicamente vitales en nuestro hemisferio". El texto agrega, con candor programático, que esta restauración es "potente" y de "sentido común".

Dos cosas llaman la atención. Primero, el documento define el hemisferio como una condición para la seguridad y prosperidad estadounidense, no como una comunidad de proyectos compartidos. Segundo, la estrategia se organiza bajo un par de verbos extrañamente corporativos: "Enlist and expand". La idea es "enlistar" a los amigos establecidos para controlar la migración, frenar el tráfico de drogas y fortalecer la estabilidad; y "expandir" la red, desalentando colaboraciones con otros actores y condicionando alianzas, de manera de reducir la "influencia adversaria externa". Esto abarca desde puertos e infraestructura hasta la compra de "activos estratégicos" en sentido amplio. Hay un punto que suena a manual de adquisiciones: el Consejo de Seguridad Nacional iniciará un proceso para "identificar puntos y recursos estratégicos" en el hemisferio "con vistas a su protección y desarrollo conjunto".

No es solo retórica. En enero de 2026, la captura de Nicolás Maduro por fuerzas estadounidenses operó como demostración: una intervención militar directa en Sudamérica, presentada, según múltiples lecturas, como una señal a China y como una reafirmación de límites en el hemisferio. En otras palabras: el "corolario" no es una nota al pie; ya es una práctica.

Ahí aparece un cambio cualitativo para América Latina. Durante décadas, la región le habló a Washington en un idioma específico: comunicados prolijos, legalidad, foros, equilibrios verbales. Era una gramática defensiva: servía para ganar tiempo, diluir presiones y convertir asimetrías en procedimientos. Funcionó mientras del otro lado había un hegemon previsible que, incluso cuando violaba las reglas, seguía necesitando invocarlas. El descolaje actual viene de un detalle no menor: Trump opera con una concepción del poder que valora el efecto inmediato por encima de cualquier justificación.

Por eso, si hay un rasgo "original" de este momento específico es la caída del pudor normativo. El problema no es que Estados Unidos viole el derecho internacional. Eso ocurrió antes, muchas veces; el problema es la disposición a prescindir de él como marco explicativo. Como sugirió Ludwig Wittgenstein, las palabras solo "hacen cosas" dentro de un juego compartido. Cuando el otro deja de reconocer las reglas, el lenguaje no falla: queda suspendido.

De ahí el desajuste peligroso. América Latina sigue discutiendo como si estuviera en un tribunal, mientras Washington negocia en un bazar. La región invoca soberanía frente a un actor que ya no se siente atado por ella; invoca multilateralismo frente a alguien que lo concibe como obstáculo; invoca legalidad frente a un liderazgo que privilegia eficacia política inmediata. No es que esos principios hayan perdido valor moral: han perdido poder de disuasión.

Alternativas para la región

Brasil ilustra el dilema. Lula procura un equilibrio imposible, que consiste en condenar sin escalar, marcar distancia sin empoderar a la derecha pro-Trump, administrar los impactos de Venezuela sin controlar el tablero. En Venezuela, la mediación brasileña terminó pareciendo menos un "liderazgo regional" que un recurso del propio Maduro para ganar tiempo; cuando la intervención llega, Brasil queda pragmático, medido y con poco margen para moldear el resultado. Cuba, en cambio, funciona como símbolo. No importa tanto por su peso material como por su utilidad como advertencia, especialmente cuando el hemisferio se redefine en clave de disciplina.

El otro gran estructurante es China. La competencia con Pekín deja de ser un capítulo y se vuelve el lente. La Estrategia de Seguridad Nacional promete impedir que "competidores no hemisféricos" controlen activos vitales y advierte sobre "incursiones" externas y sus "costos ocultos" en espionaje, ciberseguridad y "debt-traps", además de proponer inducir rechazos mediante "apalancamiento" financiero y tecnológico. La captura de Maduro, además, fue leída como un mensaje directo. China puede ofrecer mercados y tecnología, pero no seguridad para sus socios cuando Washington decide actuar. En un mundo de cadenas de valor y estándares, esto importa tanto como un discurso.

¿Esto amplía o reduce el espacio de China en el hemisferio? La respuesta no es lineal. En el corto plazo, la demostración de fuerza de Estados Unidos puede inducir cautela: gobiernos más aversos al riesgo, menos dispuestos a convertir infraestructura sensible o tecnología crítica china en un punto de fricción con Washington. En el mediano plazo, sin embargo, aparece una paradoja: cuanto más coercitivo sea el enfoque estadounidense y cuantas menos alternativas financieras ofrezca, más incentivos deja para que China reaparezca como proveedor de última instancia, especialmente en economías con restricciones fiscales.

Lo analizado hasta ahora nos lleva a la parte menos cómoda: las opciones. La región suele plan-

tearlas como un dilema moral (el clásico binario de resistir o alinearse) cuando en realidad son un problema de ingeniería política: cómo preservar algún margen en una relación estructuralmente asimétrica con un hegemon más impaciente.

La primera opción es complementar la gramática normativa con una gramática transaccional, pero sin renunciar a la primera. No se trata de abandonar el derecho internacional, sino de dejar de tratarlo como lengua única. En un entorno más crudo, la región necesita hablar explícitamente en términos de intereses y monedas de cambio: migración, narcotráfico, minería, energía, tierras raras, estabilidad logística, cooperación tecnológica. Frente a un actor que organiza su política bajo el prisma del costo-beneficio inmediato, cooperar sin poner precio equivale a regalar influencia. Javier Milei, por ejemplo, puede ofrecerle a Trump un alineamiento ideológico ruidoso; pero el aprendizaje más útil no es la afinidad, sino la mecánica: en un mundo transaccional, la cercanía no reemplaza la negociación.

La segunda opción es construir coaliciones pequeñas, temáticas y pragmáticas allí donde los foros amplios se traban. No "América Latina" como sujeto retórico, sino acuerdos específicos, verificables, con plazos claros y beneficios definidos.

La tercera opción, más sutil, es practicar la ambigüedad estratégica. En entornos impredecibles, decir menos puede ser una forma de preservar margen. No todo desacuerdo requiere pronunciamiento; no toda coincidencia debe celebrarse. Hay silencios que protegen y palabras que delatan. Esta habilidad es antipática para una región acostumbrada a la sobreexposición declarativa, pero puede ser el primer paso hacia una diplomacia más calibrada.

La cuarta opción es recuperar la capacidad de coordinación mínima en torno a costos. Si la legalidad ya no disciplina, al menos puede hacerlo el costo reputacional y político. Pero solo si se lo administra sin indignación automática. Exponer, con sobriedad, las consecuencias regionales de una acción unilateral (por ejemplo, el costo de reprimir la migración o de combatir la criminalidad sin cooperación) puede obligar a Washington a hacerse cargo del resultado, aunque no tema una sanción jurídica. El poder también paga el precio cuando se equivoca; el desafío es volverlos visibles.

Nada de esto garantiza autonomía plena. La pregunta real no es si la región puede "equilibrar" a Estados Unidos; no puede. La pregunta es si puede producir la fricción suficiente como para evitar ser tratada como un espacio dócil de ejecución. Y aquí la originalidad, si se busca una, está menos en inventar una doctrina latinoamericana que en abandonar la fantasía de que la irrelevancia era libertad. Hoy la región vuelve a ser importante, pero por razones menos benévolas: control migratorio, crimen transnacional, recursos estratégicos, contención de China. Y cuando otros definen por qué eres importante, rara vez lo hacen en tu beneficio.

Quizás aquí esté la conclusión: el "corolario Trump" no anuncia un nuevo idilio hemisférico, sino el retorno de una vieja verdad geopolítica con modales nuevos. La geografía volvió a importar. La cercanía volvió a exponer. Y el multilateralismo, ese refugio que en parte nació como experimento hemisférico, vuelve a mostrarse como lo que siempre fue: útil para canalizar el poder, pero insuficiente para reemplazarlo. En el orden que se construye desde esta visión, la virtud sin estrategia deja de ser sinónimo de ética y pasa a ser ingenuidad. La región no necesita renunciar a su gramática normativa; necesita aprender a hablar, también, el idioma del poder sin quedar poseída por él. ■

*Profesor Asociado de Relaciones Internacionales en la Universidad de San Andrés